

*sus desórdenes*, no son más que hipótesis ó suposiciones sin pruebas, que parecen forjadas por insensatos, *para presentar la razon natural en forma de comedia*. Sin embargo, los incrédulos *se proponen algo más que una simple broma*. No depende de ellos que sus sueños no fuesen reales; su interes los mueve á realizarlos, si fuese posible; porque ¿á qué fin hacen tales sistemas? ¿no será para hacer la guerra á ese gusano oculto que les roe el corazon, á ese remordimiento de conciencia que les incomoda demasiado, áun en sus placeres carnales? Sí, sí; este huésped es demasiado importuno y es preciso hacerle perecer » (1).

¿No parece que los filósofos pasaban su vida en los lupanares? ¿No parece que el desórden es cosa inventada por los incrédulos? Cosa singular; el retrato del impío, hecho por el cura flamenco, se parece mucho más al abate Houtteville que á Diderot, á Helvecio y á d'Holbach. La fe no es, pues, un *elixir* contra la inmoralidad. El buen cura está animado de las mejores intenciones, pero anda extraviado: la imprecacion que dirige á los incrédulos estaria más en su lugar en un sermón para los fieles: « Sentid, exclama, la mano de una fuerza invencible, y la mano de Dios, que en todas partes os sujeta, sin que haya medio de huir de ella. Por más que digais: *yo vivo y muero por completo*, bien conoceis que *no sois vos quien se ha dado el sér* » (2). ¿Cuáles eran en el siglo pasado los hombres que vivian como *si murieran por completo*? Los príncipes de la Iglesia, el cardenal Dubois, el cardenal Tencin, el cardenal sodomita á quien el abate Houtteville dedicó su apología de la revelacion cristiana!

El cura flamenco tiene al ménos un mérito: es sincero y divierte por una mezcla singular de estupidez y de tosco buen sentido. Puesto que nuestros lectores deben ser tambien algo incrédulos, no podemos hacer cosa mejor, para secundar las intenciones del piadoso cura, que transcribir su demostracion de las principales verdades de la religion natural. La primera es la existencia de Dios demostrada por el espectáculo de la naturaleza: « Basta con-

(1) *Demostracion de la fe católica*, por un cura flamenco. *Introduccion*, páginas 3, 4, 6; t. I, p. 7.

(2) *Demostracion de la fe católica*, t. I, p. 8.

siderar la union del cielo, mirar al cielo y recorrer la tierra con los ojos.» Dios es el creador de todo cuanto existe; Moisés lo dice: « Los filósofos que hablan del mundo sin haber consultado á Moisés, *hacen un caos*. ¿De dónde ha recibido movimiento esa pesada masa? ¿se lo habrá dado ella misma? » Costaba trabajo á los filósofos el comprender la creacion. Nada más sencillo segun el cura: « Ya veis cómo construye una casa un albañil; reúne todos sus materiales, *su ciencia dirige á su voluntad por medio de la cual dispone y ordena sus materiales*: se pone á trabajar y resulta hecha la casa. » Si despues de esta luminosa *demostracion* todavía quedan ateos, preciso es decir con el cura flamenco « que son locos y que merecen ser encerrados en un manicomio » (1).

## V.

Con sentimiento nos despedimos del famoso cura: es tan divertido y no más estúpido que los apologistas de más reputacion. Vamos á ver adversarios más serios al parecer; llevan su birrete de doctor y pasan su vida disputando sobre teología: éste es su oficio. En el fondo no valen más que el cura flamenco; así es que Voltaire se divierte con los *gatos peludos* que se llaman doctores de la Sorbona. La docta facultad lanzó una censura contra Raynal. Bien lo merecia el impertinente abad: « Entre los maestros de la incredulidad ha habido uno que sobrepuja á los demas por su temeridad y por su ciego furor. Presenta á sus lectores todo cuanto la impiedad ha vomitado de más atroz y de más horrible. Se quita la máscara y no se ruboriza de dar su nombre; y, lo que hace subir de punto el asombro ó más bien la indignacion, es ministro de esos mismos altares que en el exceso de su furor quiere derribar. *¡Oh días, como nunca, de afliccion, de insulto y de blasfemia!* » (2).

Esto son lamentaciones; pero ¿y las razones? Se le cae á uno el alma á los piés cuando ve cuáles son las creencias cuya defen-

(1) *Demostracion de la fe católica*, p. 11, 21, 23.

(2) *Censura*, en RAYNAL, *Historia del establecimiento de los europeos en las Indias*. *Suplemento*, p. 156, 158.



sa toma la primera facultad de teología de la cristiandad contra el temerario abad; Raynal no manifiesta gran respeto á las profecías. Las califica de sueños: «Nada, dice, es tan natural á la ignorancia como atribuir misterio á los sueños. Esta preocupación produce en los pueblos primitivos las revelaciones, las apariciones, las comunicaciones con la Divinidad. Nadie es profeta sin haber tenido sueños: éste es el primer aprendizaje del oficio; el que no sueña, no predice.» «¡Qué impertinencia!» exclama la sagrada facultad. Confiesa que los sueños no presentan ordinariamente al espíritu nada que no sea *vano* y *frívolo*. Sin embargo, no niega que Dios emplee esta voz *frívola* y ridícula para descubrir á los hombres el porvenir. «Basta que el profeta esté seguro de que lo que pasa en él es la acción de Dios que le inspira.» Pero ¿cómo pueden tener conciencia los profetas de esa inspiración divina, cuando su conciencia está durmiendo? La facultad responde que Dios ha obrado de esta manera muchas veces: la Escritura lo dice, luego no es posible dudar. Aquellos doctos personajes están tan convencidos de que sus sueños son una realidad, que se olvidan de que no todo el mundo tiene la misma convicción. Los incrédulos se burlaban de los sueños proféticos; decirles que Dios los envía y que lo afirma la Escritura, ¿no era excitarles á reírse de la Escritura y de Dios mismo? (1).

La facultad va á confundir á esos insolentes escépticos con un argumento *ad hominem*; exclama con aire de triunfo: «¿Soñaba también Jesucristo cuando predijo que Jerusalem sería devastada y su templo destruido hasta en sus cimientos? ¿Soñaba Jesucristo cuando prometió á sus apóstoles el Espíritu Santo y todos sus dones, cuando anunció que su Evangelio se propagaría por todo el mundo?» Los triunfos se cambian en derrotas. Hay predicciones *à posteriori*; ¿no sería una de ellas la de la ruina de Jerusalem? ¿Quién ha enseñado á los doctores de la Sorbona que los Evangelios fueron redactados ántes de la destrucción de Jerusalem? Si hubieran tenido un poco de prudencia, los sabios teólogos hubieran guardado silencio acerca de las profecías de Cristo. ¿No ha predicho el fin del mundo? ¿no ha predicho que sus discípulos

(1) *Censura*, en RAYNAL, *Suplemento*, p. 242.

volverían á verle? ¿no lo estaban esperando los apóstoles de un día para otro? ¿no se asemejan á los sueños estas predicciones? En cuanto al Espíritu Santo y á sus dones, ¿quién puede tomarlos en serio?

Aun cuando se quemasen los escritos de Voltaire y de Rousseau y juntamente á Raynal con sus amigos los incrédulos, los apolo-gistas serían bastante para arruinar la revelación cristiana. ¿Por qué el siglo XVIII no quería ya el cristianismo? Porque no podía creer en misterios incomprensibles, y porque no creía que es lo que iban á ganar en moralidad los hombres por creer cosas que no comprenden. ¿Qué responden los doctores? «Los misterios hacen á la religión más majestuosa, imprimiéndole, por decirlo así, el sello del Eterno.» ¿Cómo ha de dar majestad á la religión un galimatías en el que los hombres no descubren sentido alguno? La Sorbona es tan aficionada al galimatías, que añade el suyo propio al de los misterios. «El Eterno, inmenso é infinito, no puede *descubrirse* á los hombres sin deslumbrar su razón con una multitud de *misterios*.» ¡De suerte que Dios *se descubre* hablando en hebreo á los que no entienden un palabra de hebreo! La Sorbona llama á esto *santas oscuridades*: santa ó no, la *oscuridad* es una manera muy singular de disipar las *tinieblas* de nuestra razón!

La Facultad insiste y pretende que la razón debe sacrificar sus repugnancias creyendo lo que no comprende; esto es, según ella, *el culto más digno de la Divinidad*. ¿Qué concepción de Dios! ¡y qué á propósito para atraer al cristianismo á los incrédulos! Creían que Dios les había dado la razón para servirse de ella. ¡Error! ¡El Creador nos ha dotado de razón, *para que la cautivemos bajo el yugo de la fe!* Viene después un galimatías cada vez más refinado. Los misterios son *tinieblas*, pero *tinieblas majestuosas*, y estas *tinieblas* por su *majestad* enseñan al hombre á concebir una idea más sublime de Dios; estas mismas *tinieblas* hacen al hombre concebir *la excelencia de su naturaleza* (1). ¡Milagrosa virtud de las *tinieblas*! Sin duda es necesario ser doctor por la Sorbona, *un gato peludo*, para ver claro en esas *majestuosas tinieblas*; por nuestra parte no vemos en ellas más que palabras vacías de sentido.

(1) *Censura*, en RAYNAL, *Suplemento*, p. 194, 196.



Muchos libres pensadores se hicieron ateos, porque el Dios que se les presentaba como único verdadero Dios, condenaba en masa á sus criaturas por la más inexplicable de las faltas; una falta, cuya responsabilidad pesa sobre nosotros, á pesar de que no habíamos nacido cuando tan enorme pecado se cometió. Raynal llama al pecado original una *blasfemia impía*, y á la eternidad de las penas, una *atroz extravagancia*. Estas atrocidades eran ya rechazadas en el siglo pasado por los pensadores cristianos. La Sorbona sale á su defensa, y diríase que se propone unir lo ridículo á lo odioso. Confiesa que el dogma del pecado original es uno de los más oscuros; pero, dice, cuanto más incomprendible es, más cierto es que ha sido revelado. «¿Cómo concebir, en efecto, que el espíritu humano haya podido inventar un dogma tan extraño á todas sus ideas y admitirlo el universo?» ¡Oh sinrazon teológica, cuán admirable eres! ¡La extravagancia, el absurdo, se convierten en señales de origen divino! ¡Y para convertir á los incrédulos, ó al ménos para convencerlos de su error, se atreve la docta facultad á repetir en pleno siglo XVIII la frase de Tertuliano: *¡Creo, porque es absurdo; creo, porque es imposible!* Si los filósofos se hubieran dignado contestar á aquellos *gatos peludos*, les hubieran invitado á dar un paseo por el Oriente; les hubieran enseñado entre los Indios extravagancias más extravagantes aún que los misterios del cristianismo; y si aquellos absurdos no les hubieran parecido suficientes, hubieran visitado en compañía de los doctores de la Sorbona una casa de locos: allí hubieran encontrado de véras la sinrazon; las alucinaciones de los cerebros enfermos ¿son tanto más santas cuanto más incomprendibles? (1).

Raynal, sea por táctica, ó por un resto de respeto hácia Cristo, queria echar sobre los teólogos la responsabilidad de aquellos famosos misterios: «Ellos son, dice, los que han imaginado los castigos eternos reservados para los malos; aprovecharon la debilidad de la infancia para inspirar terror eterno á la razon.» ¡Cosa notable! El incrédulo del siglo XVIII está en este punto conforme con los protestantes avanzados de nuestros tiempos; también éstos rechazan esa espantosa creencia y la imputan á los teólogos. Este es

(1) *Censura*, en RAYNAL, *Historia*, Suplemento, p. 306.

el único medio de salvar el cristianismo. Pues bien; es tal la ceguedad, íbamos á decir la imbecilidad de sus defensores oficiales, que hacen todos los esfuerzos posibles para probar que Jesucristo ha enseñado la eternidad de las penas: «y estamos obligados á creerlo, añade la caritativa Sorbona, sopena de incurrir en esos castigos que no han de tener fin.» Si esta fuese la última palabra del cristianismo, bien pudiéramos decir que la religion cristiana habia concluido. ¡Así sirven los apologistas á la causa de la religion!

Semejantes apologías eran más propias para difundir la incredulidad que para curarla. Los defensores de la Iglesia acabaron por ver que sus esfuerzos eran estériles; se consolaron diciendo que la incredulidad habia sido predicha por los apóstoles, que era un signo precursor de los últimos tiempos (1). También ha dicho Jesucristo que el mundo no duraria más que la generacion que le escuchaba. Esto significa en el lenguaje profético, lenguaje de los soñadores, que el fin del mundo queda indefinidamente aplazado. ¡Vaya con el fin del mundo! Había, efectivamente, un mundo que se iba, y deprisa. Estamos en 1787. Se habla ya de la convocacion de los Estados generales. El mundo antiguo muere; un nuevo mundo se abre. Todas las apologías, todas las predicciones, todas las reacciones, no le impedirán reemplazar á las instituciones y á la religion del pasado.

## § VI. — ¿Quién triunfa?

### I.

¿Cuál fué el resultado de la larga lucha á que acabamos de asistir? La Iglesia conservó su poder hasta la revolucion de 1789. Tenía de su parte el apoyo de la fuerza material y todos los intereses inherentes á la conservacion de las antiguas instituciones.

(1) *Prueba breve, sensible, convincente y persuasiva de la religion católica romana* (Lieja, 1787), p. 120 y sig.